

# El derecho a la salud

## III

### Terrible mortalidad

Los actuales adelantos en medicina no concuerdan con la excesiva mortalidad de la época. No he de precisar cifras, que en una conferencia reduce siempre el oyente a relatividades comparativas, y en que, por tanto, no es necesaria la exactitud aritmética. Escaso es el número de los que alcanzan el término a que puede llegar la vida humana, y aun es dudoso que lo alcance alguien; ello es que en la escala de la longevidad no ascienden hombres y mujeres por igual y como resultado de identidad de condiciones vitales, sino mediante circunstancias accidentales de orden social.

La mortalidad de niños y ancianos, y el término medio de la vida, en relación con las clases sociales, comparados entre sí los datos propios por edades y por clases, dan resultados cruelmente asombrosos. Desconozco el número exacto y el aproximado; no importa: con una unidad de diferencia mortal ocasionada por ignorancia, descuido o privilegio, basta para lanzar enérgica protesta contra la causa o los causantes, porque la vida humana es respetable y ha de ser inviolable, y por serlo, como garantía del derecho de cada uno a vivir, de sí mismo y de los que amamos, es el objeto primordial de la ciencia, toda vez que al saber queremos dar satisfacción a las más nobles aspiraciones, deseos y necesidades de nuestro ser.

Pero no una unidad, incalculables unidades, prescindiendo de las matanzas bélicas, perdemos en tiempo de paz por el funcionamiento habitual de nuestro régimen social: hay poblaciones que presentan una mortalidad anual relativamente corta, y otras en que es exorbitante; dentro de una misma población hay también barriadas diferenciadas por la clase social

de sus habitantes, que ofrecen también esa misma desigualdad. Hay oficios mortíferos por sí y otros por los accidentes que ocasionan, dándose el triste caso de que por regla general la higiene y la previsión que pudiera atenuar tanta desgracia sea desatendida por infame idea de lucro, por no disminuir en ínfima cantidad el dividendo capitalista. Tomando la mortalidad por edades, según la clase social de los individuos, la muerte se ceba preferentemente en los pobres, sacrificando vidas de niños y ancianos con profusión, y reduciendo el término medio de la vida a una proporción comparativa horrorosa y hasta odiosa.

Triste, pero imprescindible es consignarlo: en una publicación científica y con la firma de un médico he hallado los siguientes datos y pensamientos:

La medicina es la ciencia de curar las gentes. Así resulta de lo que se lee en los libros que tratan del asunto y de lo que aprendimos en los hospitales universitarios; pero en la práctica de la vida...

Los días festivos venía a mi clínica un aprendiz de zapatero, su tez era verdosa como el yeso enmohecido, y padecía vértigos y desvanecimientos. Trabajaba desde las seis de la mañana hasta las once de la noche, en una estancia estrecha, oscura y húmeda. Hubiera necesitado abandonar aquel tugurio infecto, salir al campo y correr libremente al sol y al aire libre... Hube de limitarme a prescribir al paciente hierro y arsénico, y tranquilizarme pensando que había hecho algo por él.

Otro día se me presentaron un tejedor tísico, una lavandera y planchadora con eczema en las manos y un carretero con una hernia; les prescribí polvos, unguentos y vendajes, aconsejando al tejedor que evitara los sitios